

Dios y honra del episcopado michoacano, más valor que el que le prestan los documentos históricos en que está fundado, no debo pasar en silencio hermanos míos, que después de muchos años de inhumadas las entrañas de este justo Varón, que no fueron embalsamadas, se hallaron frescas, incorruptas, con la sangre líquida y en estado perfectamente natural. Todo consta de una información que hizo levantar la autoridad diocesana, en la que se ven las declaraciones juradas de tres médicos, de doce vecinos caracterizados de esta capital y de tres notarios públicos que dieron fé de este hecho prodigioso. El expediente original se halla en los archivos del Arzobispado.

¿Cómo olvidar en estos momentos al ilustre Prelado que el 23 de Enero de 1.760 bendijo y colocó la primer piedra de la monumental fábrica del Colegio Seminario, que diez años después colocó la primera beca sobre los hombros de sus alumnos, y que le dió constituciones, que como afirma un gran escritor, se formaron con presencia de las obras del célebre Rollin, de los sabios estatutos dados al Colegio de Milán por San Carlos Borromeo, que han hecho de ese plantel una límpida gloria para la Iglesia y para nuestro Estado? ¡Loor eterno á tan insigne benefactor, el Ilmo. Sr. D. Pedro Anselmo Sánchez de Tagle!

Cierra, hermanos míos, esta ilustre galería de grandes Prelados en el siglo décimo octavo,

el Illmo. Sr. Dr. D. Fr. Antonio de San Miguel. Deputado por la Bondad Divina para suavizar el terrible azote del hambre de 1.786, no me preguntéis qué hizo; preguntadme que dejó de hacer el bondadoso y caritativo Prelado. Miradlo haciendo grandes acopios de semilla, repartiendo diariamente más de cien mil raciones á los miserables, enagenando el coche, empeñando sus rentas, iniciando y llevando á cabo la gran obra del acueducto para dar pan y trabajo á los pobres. Genio previsor, hizo venir de tierra caliente á 50 niños, cuyos estudios costeó en el Seminario para formar sacerdotes aclimatados en aquellos mortíferos temperamentos.

Vuelvo, hermanos míos, mi vista á la época presente, apartándola de los siglos pasados, y me encuentro en un país cuyo nombre se registra ya en el catálogo de las naciones independientes, y en el territorio de la Diócesis de los Vasco de Quiroga, Calatayud y Sánchez de Tagle, cuatro tronos y sobre ellos sentados á cuatro príncipes de la Iglesia. Aunque de ayer, estos nuevos obispos han dado ya los primeros pasos en su nueva senda, y han abierto en los anales de la Iglesia páginas gloriosas, que la posteridad leerá con respetuosa admiración, como nosotros se la rendimos de lo más íntimo del alma.

Emocionado contemplo, hermanos míos, al venerable anciano D. José Antonio de la Peña, ar-

mado con la misión que le diera el Vicario de Jesucristo, empuñar el báculo de pastor de las almas y encaminarse á la nueva grey, agrupándosela á su derredor; y como los Zumárragas, los Garcés y los Ciudad Rodrigo, poner por fundamentos de su nueva Diócesis, el doble cimiento de la doctrina y de la virtud. Retrátanse en su semblante con caracteres tan vivos la pureza de su corazón, las más rectas intenciones, la augusta severidad de sus pensamientos, lo diré de una vez, la santidad de su alma, que no era posible estar en su presencia sin sentir por el augusto Pontífice respetuosa veneración; y ésto no algunas veces, sino siempre; no sólo en el altar celebrando los tremendos misterios, no sólo en la cátedra sagrada alimentando á las turbas con el pan de la divina palabra, sino en todas las circunstancias de la vida.

¿Qué diré, Señores, del varón doctísimo y de ejemplarísima rectitud, del Illmo. Dr. y Maestro D. José María de Jesús Diez de Sollano y Dávalos, fundador de la insigne Diócesis de León, que no sea inferior á su mérito? Hermanos míos, voy á hablaros de su ciencia y de su virtud, que tan alto levantan la personalidad de este Prelado.

¡Su ciencia! Fué creada, alimentada, sostenida y perennemente cultivada en el estudio asiduo de la Santa Escritura y de las obras filosóficas y teológicas de Santo Tomás de Aquino. A estas dos

fuentes ocurría en el púlpito, en las cátedras, en sus consejos, hasta en sus conversaciones familiares. Sus pastorales y sus otros escritos son vigorosas y combinadas exposiciones de esos dos ricos veneros. Fué, en todo el rigor de la palabra, uno de los restauradores entre nosotros de la filosofía tomista. Por eso, cuando leyó la encíclica *Eterna Patris*, en que el gran León XIII la imponía en las escuelas católicas, se vió al Illmo. Sr. Sollano entregarse á los mayores transportes del entusiasmo.

¡Su virtud! Yo no hablaré sino de su celo por la gloria de Dios. Su celo lo mantuvo sin salir de su obispado, con excepción de dos limitadísimos tiempos en que lo abandonó para consagrar á uno de sus Illmos. Hermanos y asistir á la consagración de otro. Su celo lo llevó á la casi no interrumpida visita de su diócesis. Con excepción del tiempo, muy limitado de descanso, dividía todas las horas y todos los momentos en el estudio, la piedad y la administración de sacramentos. Pero sobre todo en la predicación fué un modelo y dechado perfecto de asiduidad y constancia. Señores, si á alguno de mis oyentes ocurre el pensamiento de que traspaso los límites de la exactitud, trasladaos á esa dichosa diócesis, y no recorreréis ciudad ó villoría por insignificante que sea, sin persuadiros de que mis conceptos son fiel eco de la verdad. Id y visitad el sepulcro que

guarda las cenizas de este gran Prelado, y lo encontraréis siempre cubierto de los más significativos recuerdos, hoy lo mismo que el día en que se depositaron allí sus restos. Nadie se atreve á pisar la humilde lápida que los cubre, á pesar de estar á la entrada de la Iglesia mayor. ¿Qué los detiene? No otra cosa que el recuerdo vivo de sus heroicas virtudes.

Después del pasajero gobierno en la Diócesis de Querétaro, del Ilmo. Sr. D. Bernardo Gárate, gran canonista y de intachable conducta, la Providencia colocó en ella al Ilmo. Sr. D. Ramón Camacho. Este Obispado está topográficamente colocado en el centro de la República Mexicana. Ese teatro convenía más que otro ninguno al Ilmo. Sr. Camacho, destinado á ejercer una excepcional influencia en todo el Episcopado Mexicano. A su humilde y modesto gabinete iban en son de consulta los negocios arduos del país entero. Esto le ha valido pasar á la posteridad con el honrosísimo dictado de consultor de los obispos mexicanos. Y en verdad estaba adornado de las dotes que requería esa misión providencial. Distinguíanle una firmeza y una rectitud de juicio tal, que nada falseaba ni debilitaba el sereno criterio del Sr. Camacho. A las opiniones más generales no concedía sino lo que la justicia y la verdad demandaban. Entre tantas vicisitudes porque ha pasado la Nación Mexicana, fué una de ellas, la

que ocasionaron los desafueros, en época no remota, contra la Iglesia, que contristaron á todos los buenos, y sugirieron á una gran mayoría el pensamiento de buscar una solución favorable en los campos de batalla. Los eminentes Prelados que en calidad de arzobispos gobernaban las tres metrópolis en que está dividida la Iglesia Mexicana, llevan este negocio de vital interés, al estudio y consejo del sabio Obispo de Querétaro. Aceptando su juicio, le encomendaron la redacción de la Pastoral colectiva. ¿Qué santa independencia para exponer la sagrada doctrina en presencia de los depositarios del poder, que la habían desconocido! Pero á la vez hermanos míos, ¿qué autoridad, qué prestigio y cuánta persuasión, para obligar á las muchedumbres á limitar su acción á los medios pacíficos, y á abandonar las vías violentas! Desempeñó el Sr. Camacho con tanto acierto su cometido, que, ¡oh espectáculo grandioso! vimos á todo un pueblo, á la voz de sus Pastores, deponer las armas.

Esta no fué más que una de las revelaciones de sus talentos, de su caracter y de su ciencia, tan vasta como ordenada. El cuerpo de sus pastorales es un monumento precioso en su género. No el espíritu de hallar analogías, sino la verdad imponiéndose naturalmente, es la que nos ha descubierto los muchos puntos de semejanza que tiene la voz del inmortal León XIII, hablando en sus pastora-

les á sus diocesanos de Perusa, y la del Ilmo. Sr. Camacho dirigiéndose á sus feligreses de Querétaro. Coinciden en muchos de sus objetos y en la manera de exponerlos; hasta en cuestiones de estilo, se notan visibles semejanzas. Es tal el fondo de excelente doctrina, el ordenado método con que se expone, el exquisito tino con que se adapta á las más urgentes necesidades de los fieles, y tal la seguridad y prudencia con que se abordan las cuestiones más difíciles y espinosas, que se leen con gusto estas producciones del docto Obispo de Querétaro, aún después de haber saboreado las del Arzobispo de Perusa, hoy Soberano Pontífice.

Antes que se verificaran las desmembraciones que dieron origen á las nuevas diócesis, la de Michoacán y todas las de la República, pasaron por ese periodo de transición que sobrevino con la independencia del país y su nuevo régimen de gobierno. La lucha de armas había pasado; pero en el campo de las opiniones, de las ideas y de las pasiones, la contienda, como era natural, se mantuvo por muchos años. La exaltación de los vencedores y el resentimiento de los vencidos, originaron graves conflictos en que alguna vez se comprometieron los legítimos intereses de la moral y de la justicia. En estas circunstancias, y después de un largo periodo de viudedad de la Iglesia de Michoacán, fué elegido para su Pastor el Ilmo.

Sr. D. Juan Cayetano Gómez de Portugal. Su nombre resuena en un nimbo de gloria por todos los ámbitos de República Mexicana. Su encomio se ha hecho en todos los grandes púlpitos por esclarecidos oradores. Aquí mismo, una de las mayores reputaciones literarias, ha hecho el panegírico más completo con todos los encantos de la elocuencia. Paréceme escuchar al ilustre panegirista, que llorando la muerte del Pastor cuyos restos mortales descansaban á su presencia sobre fúnebre tumba, exclamaba: “¿Dónde está el Doctor esclarecido que hacía correr hasta por las aldeas y descender hasta la inteligencias de las turbas, el misterioso y sublime libro de la religión y de la ley? ¿Dónde está el sabio que veía constantemente llevar á su retiro los homenajes ilustres decretados por la admiración al talento y á la virtud? ¿Dónde está aquel cuya mano, abierta como su corazón, sobre la miseria de los pueblos, parecía multiplicar los panes para saciar á la multitud? ¿Dónde está el venerable Pontífice, cuyo rostro encendido, como el de Moisés, por el reflejo de Dios, persuadía la virtud antes de desplegar los labios, y predicaba la fé con sólo su presencia? ¿Dónde está el Ambrosio de la Iglesia Mexicana?” En el fondo de ese cuadro perfecto y acabado y en cada uno de sus coloridos, hay tanta verdad como elocuencia: la imaginación no ha prestado sus alas para uno solo de esos detalles. Pero no está allí

todo. No, no está: bajo ese hábil pincel aparece retratado el hombre de virtud, el sacerdote, el apóstol; pero no el hombre superior, elevándose sobre su época y las circunstancias que lo rodean.

El eminente Obispo de Michoacán, fué llamado como mexicano á tomar parte en la dirección de los negocios públicos y á sentarse en una curul de la representación nacional, teatro de apasionados debates. Son allí desconocidos, por enloquecidos tribunos, los fueros que da el derecho natural y defiende la justicia eterna. Sus voces son oídas con entusiasmo por frenéticas turbas, que de consuno piden el destierro y la proscripción de muchos cuyo delito solo es haber pertenecido á la nación conquistadora. ¿Qué hará el Ilmo. Sr. Portugal? Mi pluma no es capaz de trazaros la conducta noble, levantada, digna y patriótica que observara. Dejemos hablar á su eminente panegirista. Pregunta: “¿Quién conjurará esta tormenta? ¿Quién pronunciará *el hasta aquí* al desenfreno de los partidos? ¿Quién desplegará sus labios para reclamar enfrente de las turbas indómitas, los sacros deberes de la justicia? ¿Quién volverá por la causa de la religión y de la moral en el torbellino político? ¿Dónde está el varón celoso que ha de lanzar el terrible anatema de la posteridad? ¿Quién se atreverá á desplegar los labios en una crisis tan terrible? Portugal, insigne Portugal, esclarecido patriota: hé aquí tu hora, hé aquí tu teatro; á este

punto del tiempo, á esta crisis de la patria te llaman tu genio, tu virtud y tu destino. Y levantó su voz autorizada en favor de las víctimas, y la historia recogió en sus páginas de gloria esta rara lección para enseñanza de la posteridad. Y la fama llevó á todas las naciones civilizadas, con honor el nombre de nuestro gran Obispo; y en la ciudad eterna se decretó, por el oráculo infalible de la verdad, un honor extraordinario; y México y la silla episcopal de Michoacán, tuvieron el elevadísimo y singular honor de tener el primer Cardenal de las Américas.”

Ya en sus últimos días, presagios funestos y síntomas alarmantes anunciaban para México tiempos de terribles luchas y de pruebas supremas, que habían de cubrir de luto á la nación mexicana. Pisando sobre carbones encendidos penetro en esta época, que es la presente. Seré sobrio y muy sobrio. Me impondré el deber de dirigir mis palabras de verdad á la inteligencia de mis oyentes, y no á su corazón, temeroso de que las pasiones traigan su contingente á esta gran solemnidad. No analizaré ese periodo de nuestra historia de que yo y vosotros hemos sido testigos oculares, y que ignoramos, cuando y como se cerrará. Lo que es de todo punto cierto é indiscutible es que la persecución desatada contra la iglesia, atacó sus más vitales intereses, que se le atacó con muy grande empuje, y que en ese ataque se ha desa-